

Ágora

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



2653

JULIO DE 2023



EL CENTINELA A LA VISTA. EVOCACIONES DE LA FAMILIA OCHOA GUTIÉRREZ

EL CENTINELA A LA VISTA

EVOCACIONES DE LA FAMILIA OCHOA GUTIÉRREZ



Ángela Gutiérrez Santa Cruz / Gabriel M. Ochoa Gutiérrez / María del Carmen Gutiérrez Carrillo
Ana Celia Ochoa Gutiérrez / María del Carmen Ochoa Gutiérrez / Esther Ochoa Gutiérrez
Rosa María Ochoa Gutiérrez / Martha Leticia Ochoa Gutiérrez / Luz Alicia Ochoa Gutiérrez
Sylvia Margarita Ochoa Gutiérrez / Patricia Ochoa Gutiérrez / Ma. Gabriela Ochoa Gutiérrez
Ana Celia Oldenbourg Ochoa (Casorso) / María del Carmen Lozano Ochoa
Gabriel Flores Ochoa / Margarita Ochoa Fernández

Coordinación y prólogo
Ada Aurora Sánchez / Marco Jáuregui

El Centinela puesto a la vista de los lectores*

Ada Aurora Sánchez y Marco Jáuregui

LA MEMORIA

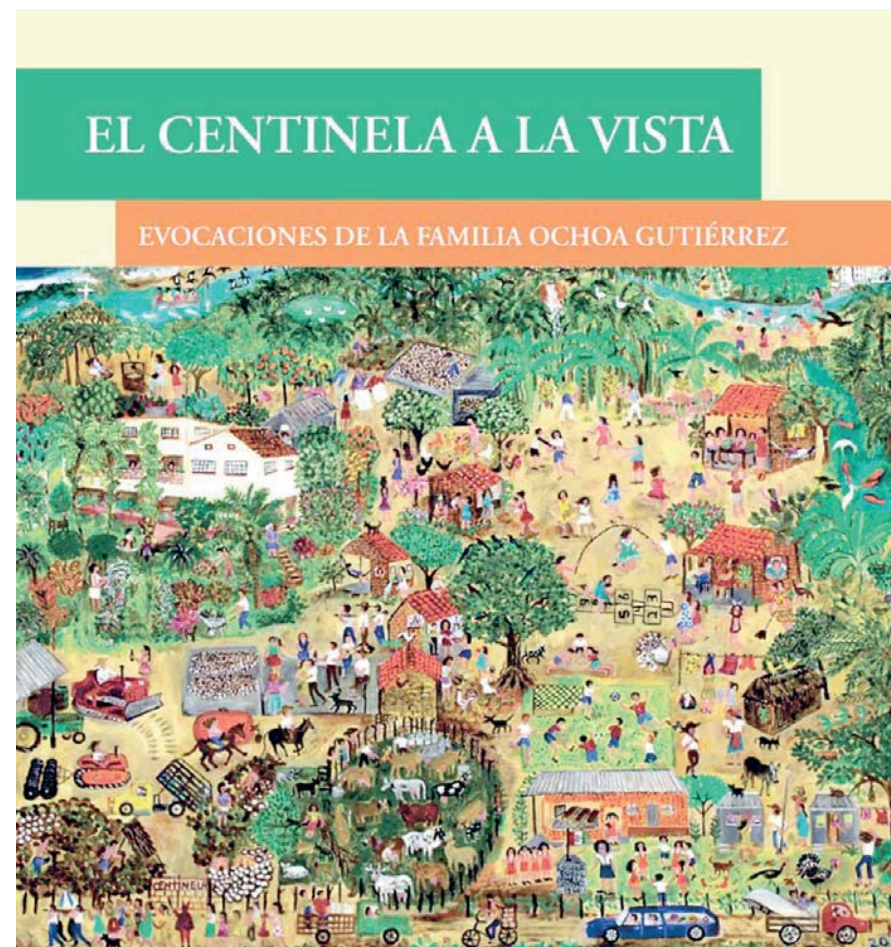
La memoria no es una casa sólida, construida con tabiques compactos y bien embonados. No. La memoria más bien semeja una casa frágil, tal vez una cabaña, con paredes de madera y techo de palapa, a la cual, por múltiples rendijas de diversos grosores, le entran oleadas de un viento callado pero persistente que revuelve los papeles sobre la mesa, hace caer uno que otro diploma del clavo que lo sostiene y desordena las fotos de familia colocadas con esmero sobre un buró.

Cada quien erige la casa de su memoria con sus propios recursos. Acaso pinta las paredes de color azul cielo, le pone margaritas en el corredor y se afana en conservar el aroma de pan recién horneado de una cocina. Pero resulta que, con el tiempo, con el olvido, las cosas comienzan a decolorarse, a perderse, y es necesario salvarlas de algún modo u otro. Escribir, entonces, puede convertirse en un valioso recurso no solo para fortalecer la casa de la memoria, sino también para repintarla, observarla, apreciarla desde ángulos distintos.

La memoria se construye por la persona, se moldea, a fuerza de recordar y olvidar, en cierta forma. La memoria es un caleidoscopio que cambia la ilusión de sus formas y colores constantemente. De esto nos dimos cuenta al acompañar a las hermanas Ochoa Gutiérrez (Ana Celia, María del Carmen, Esther, Rosa María, Martha Leticia, Luz Alicia, Sylvia Margarita, Patricia y Ma. Gabriela) en la escritura, a título de taller, del libro que hoy se presenta.

El reto no ha sido minúsculo si tomamos en cuenta que a todos nos produce temor escribir, entrar al proceso de interiorización que esta tarea amerita; tampoco ha sido fácil porque ha significado coordinar un grupo de nueve hermanas acostumbradas a expresar apasionadamente sus puntos de vista entre ellas y, con entusiasmo preparatorio, enfrascarse en debates sobre detalles que escapan a la memoria común y corriente. Ha sido un reto nuevo para nosotros, pero disfrutable por los aprendizajes académicos y de vida que se han derivado, sin duda alguna.

En las siguientes líneas, con base en el prólogo que contiene el libro en cuestión,



describimos cómo surge este proyecto de *El Centinela a la vista*, por cuanto ayudar a dar orden y estructura a los textos evocativos de la familia Ochoa Gutiérrez se refiere. Asimismo, recuperamos una estampa de El Centinela a partir de un collage de fragmentos narrativos de nuestras autoras centrales.

Cabe destacar un agradecimiento especial al Archivo Histórico y Hemeroteca de la Universidad de Colima por brindar el espacio para la presentación del libro, a la editorial Puertabierta por materializar la edición, que financió la familia Ochoa Gutiérrez, y, desde luego, nuestra gratitud a la familia Ochoa Gutiérrez que de forma valiente emprendió la recuperación de su memoria y, con ello, hace un aporte valioso a la microhistoria colimense, en el marco de la celebración de los 500 años de la Villa de Colima.

EL PROCESO

La historia de este libro comenzó en agosto de 2022, en casa de Leticia Ochoa, cuando, en un franco momento de sobremesa, propusimos que la familia Ochoa Gutiérrez escribiese, poco a poco, sus recuerdos al amparo del rancho El Centinela, en Manzanillo, Colima.

De forma inmediata, cuatro hermanas de las Ochoa Gutiérrez se entusiasmaron y aseguraron que lo mismo sucedería con el resto de las hermanas. Y así fue. Todas se sumaron a la empresa de escribir un libro íntimo, evocativo, que, como podrá atestigüarse, tiene también trascendencia histórica por los muy diferentes acontecimientos que se describen y narran con respecto al contexto social, cultural y agrícola de la zona costera de Colima.

Las hermanas Ochoa Gutiérrez desgranar sus recuerdos y nos ofrecen estampas, narraciones nostálgicas, poéticas o, incluso, coloreadas de humor, en torno a su vida familiar, con raíces en el rancho El Centinela.

Acompañadas de las colaboraciones póstumas de sus padres Gabriel M. Ochoa Gutiérrez y María del Carmen Gutiérrez Carrillo (porque también ellos tenían sus in-



Las hermanas Ochoa Gutiérrez



clinaciones artísticas), de la difunta abuela paterna Ángela Gutiérrez Santa Cruz (otro personaje que amerita una novela), y de algunos de los hijos de las autoras: Ana Celia Oldenbourg Ochoa (hoy, Casorso), María del Carmen Lozano Ochoa, Gabriel Flores Ochoa y Margarita Ochoa Fernández, las hermanas nos abren la puerta de sus evocaciones y nos llevan de la mano a conocer el idílico lugar de El Centinela..

Pero ¿cómo se logró este libro de treinta y siete capítulos, fotografías y una genealogía?

Una vez que las hermanas Ochoa Gutiérrez se decidieron a emprender un proyecto que implicaba “sacar pulpa al corazón”, diseñamos para ellas el taller “Memoria familiar y escritura”. El taller pasó muy rápidamente de la parte teórica, de lecturas y ejemplos de narraciones de corte autobiográfico, a la redacción de textos, comentarios y retroalimentación colectiva.

Durante seis meses, las tardes de los miércoles estuvieron animadas de risas, de exaltaciones, de debates en torno a cómo fue aquello o lo otro, hasta que se asimiló que las percepciones de lo vivido, aunque hubiesen sido acerca de lo mismo, no podían ser siempre iguales y, en virtud de ello, esas diferencias coloreaban de matices su existencia.

Así, ocho mujeres de manera presencial (el número de asistentes osciló entre cuatro y ocho por sesión), más una de forma virtual, tejieron día a día este libro, hasta que divisaron con claridad El Centinela. Todas mujeres, con hijos, casadas o viudas, después de los sesenta, sabiendo que no hay límite en la edad para conocerse mejor a través de la narración escrita.

Luego vino la selección de fotos familiares que propusieron las hermanas y la reconstrucción de la genealogía de los Ochoa Gutiérrez, a partir de los apuntes de las hijas. Un poco antes, fue necesaria la lectura de recortes de periódicos, cartas, diarios y memorias de los padres y abuela paterna para integrarlos al libro. Los nietos de Gabriel y Carmen enviaron sus aportes, y comenzó a sonar un gran coro de voces a contrapunto, con el ímpetu de una familia que es árbol de raíces antiguas pero sigue produciendo frutos en nuestro tiempo.

Brindar estímulo a la creación, dirigir los intercambios de las talleristas, organizar los materiales producidos, corregir y darle unidad a este libro, fue parte de las tareas de los coordinadores que, en la revisión de textos y la corrección de imágenes, contamos con el auxilio de David Antonio y Diego Hernán Jáuregui Sánchez, nuestros hijos, quienes apoyaron una idea extravagante de sus padres: lograr que dos familias unieran esfuerzos en la gestión y publicación de un libro probablemente único en su tipo, pues con dificultad se encontrará otro en el que intervengan como escritores tantos miembros de una misma dinastía, y, por otro lado, contemple en los procesos

editoriales a una segunda familia que, a su modo, también se reinventó e inició largas e interesantes conversaciones sobre diseño, escritura y memoria.

Conviene destacar que corresponde a Patricia Ochoa el crédito de la portada del libro, en tanto facilitó su óleo “Recuerdos de El Centinela”. Los versos, a manera de epígrafe de las páginas iniciales, pertenecen a Esther Ochoa; y la imagen que hace alusión al 50 aniversario de la boda de los padres fundadores del clan Ochoa Gutiérrez fue pintada por el cineasta y cartonista Alberto Isaac.

EL RESULTADO

El libro que hoy presentamos es un relato colectivo que abarca ciento treinta y seis años, e incluye voces inquietas pertenecientes a cuatro generaciones. Voces que



confluyen y se entrelazan para dar lugar a un libro íntimo del que hemos seleccionado algunos fragmentos para armar la siguiente *postal* del rancho El Centinela:

En uno de los primeros capítulos del libro, Carmen describe a su papá como un padre con el que se podía convivir, platicar, aprender:

A mí desde un principio me gustó salir al campo con mi papá: lo acompañaba a trabajar, a sus pasatiempos que eran la cacería y la pesca. Me encantaba el olor a campo, a tierra recién llovida; los queleles, zanates y churíos nos seguían para degustar las lombrices y los animalitos que aparecían detrás del tractor. Cuando teníamos sed, nos acercábamos a una palma y mi papá partía unos cocos que, en aquel calor, nos sabían a gloria. De mi padre disfrutábamos, sobre todo, sus pláticas y sus historias a la hora del descanso.

Por su parte, Sylvia nos muestra una de las facetas de su mamá:

Siempre vi a mi madre con ojos de admiración: me parecía una mujer muy hermosa, amorosa y alegre. Era muy glamorosa, gustaba de bellos vestidos, de perfumes y finas cremas para su rostro. Me gustaba mucho verla arreglarse frente a su tocador, aquel de madera color blanco con negro; abrir aquellos cajones era fascinante, así como su clóset lleno de lindos vestidos, y tantas faldas y blusas...

Esther menciona en su texto al único hermano, querido en vida y extrañado desde su partida:

Fui la compañera inseparable de mi único hermano Carlos Gabriel, El Gordo, quien me dio el privilegio de siempre contar con un aliado que me complacía en todo lo que se me ocurría y todo lo que le pedía.

Desde muy chiquita, mi pasión fueron las muñecas, para hacerles vestidos a mano de los recortes que me regalaban mis dos tías costureras, mamá China y mi nina Chuy. Cuando íbamos a Colima, las veía coser y me pasaba horas observando cómo lo hacían...

Ana Celia, que pudo haberse llamado Carmen, nos cuenta acerca del origen de su nombre:

Estando aquí, un día fueron al cine, no sé a cuál, ya que eran dos únicamente, el Juárez y el Lux, y funcionaban solo de noche, pues eran descubiertos. Vieron una película, de la que nunca supe el título, y en la que actuaba una mujer de cabaretera llamada Ana Celia. Mi mamá, nomás de escucharlo, se prendó del nombre y decidió que así se llamaría la niña. Mi papá insistía en que fuera Carmen.

Patricia, como pintora que es, se detiene en los detalles de forma y color del jardín de su mamá:

Al principio fueron palmeras abundantes que daban la bienvenida con su frescor, generando una amplia zona sombreada donde también se realizaban reuniones. Le siguieron un almendro, unas galeanas y un par de caimitos (...)

En esa área había un par de nochebuenas criollas, que crecían dando sus flores rojas en Navidad. Una piña nona gigante, con hojas carnosas y agujeros simétricos de verde oscuro, y una copa de oro que trepaba hasta el techo de la cochera, ofreciendo sus flores amarillas y atrayendo mariposas del mismo color.

Rosa María escribe como si estuviese haciendo uno de sus admirados bordados: punto por punto, con orden. En uno de sus textos recuerda las ceremonias organizadas por la maestra de la pequeña escuela particular en que los niños de El Centinela estudiaban la primaria:

Los festejos cívicos no pasaban sin celebrarlos: el 24 de febrero, Día de la Bandera, marchar por los corredores, cantar el himno, y una poesía al respecto; casi siempre era Tachy la que declamaba, El Gordo llevaba la bandera y yo era la escolta; mis papás, presentes siempre. Otro festejo era el 10 de mayo, con representación de alguna comedia pequeña y las consabidas declamaciones a la madre. También nos enseñó un himno a la madre, que no se nos ha olvidado hasta la fecha. Al final del curso, también realizábamos una ceremonia.

El presidente de México Adolfo López Mateos fue una de las personalidades que visitó el rancho. Luz Alicia describe situaciones cotidianas relacionadas con la alimen-





tación y cita una expresión de López Mateos:

Cuando mi compa Cuco (el mayordomo del rancho) y las mozas acarreaban el coco de las huertas, había que contar doscientos cocos por tarea (...) Cuando los partían, les encargábamos la semilla, que era como una manzana blanca y jugosa, y hacíamos con ella un dulce delicioso. También hacíamos crema y mantequilla de la leche de nuestras vacas.

En casa se ponía a cocer el maíz (nixtamal), luego lo triturbábamos en un molino de manivela y después torteábamos. Por eso, cuando fue al rancho el presidente López Mateos, tomó una tortilla y dijo: “Esto es una joya”.

En sus colaboraciones para el libro, Leticia reflexiona continuamente sobre los alcances de las enseñanzas de sus padres, de quienes aprendió a ser generosa anfitriona:

Compartir el pan y la sal de nuestra mesa fue otro de los valores que aprendí de mis

papás. Todo aquel que llegara a visitarnos, sin importar sus preferencias religiosas, políticas o sociales, era tratado de la misma manera, con mucha alegría, amabilidad y esplendor.

Me enseñaron a escuchar y disfrutar opiniones y distintas maneras de pensar, porque, aunque en los primeros años era una odisea llegar al rancho por las condiciones del camino, visitas nunca nos faltaron: sin importar las incomodidades, familiares y amigos llegaban a compartir una plática.

Por su parte, Gabriela, la última de las hijas, asume la tarea de cerrar la historia al contar los hechos que presenció en torno a la venta de El Centinela:

Nuestro querido Centinela, ese cacho de tierra, ese pedacito de cielo en el que nacimos, en el que vivimos tantos momentos, ya no sería nuestro.

Algunas hermanas aparecieron ese fin de semana, fueron momentos difíciles de

describir con solo palabras. Teníamos que empacar. Descubrimos hermosos tesoros escondidos y olvidados por el tiempo. El olor a humedad, a viejo, resultó agradable para mí; abrir clósets en lo más alto, deslizar cajones, leer cartas, documentos, ver fotos... Fue una mezcla de sentimientos encontrados.

Para finalizar, queremos apuntar que si desean conocer las anécdotas del abuelo que mandó hacer su ataúd muchos años antes de necesitarlo, del papá que mataba con un arpón los alacranes que aparecían en la habitación de sus hijas, de la boa que se comía las ratas del rancho; de cómo desde una avioneta les dejaban costales con víveres para que sobrevivieran luego del paso del ciclón de 1959; del intercambio de cartas entre los novios que luego serían sus padres; de las estancias del novelista Agustín Yáñez en El Centinela; si, como decíamos, desean conocer estas y otras historias igual de interesantes, solo podemos hacerles una recomendación: lean *El Centinela a la vista. Evocaciones de la familia Ochoa Gutiérrez*.

*Texto leído en la presentación del libro *El Centinela a la vista. Evocaciones de la familia Ochoa Gutiérrez*, el 19 de mayo de 2023, en el Archivo Histórico y Hemeroteca de la Universidad de Colima.





Presentación de *El Centinela a la vista. Evocaciones de la familia Ochoa Gutiérrez**

Salvador Silva Padilla

QUIERO dedicar estas palabras a todas las princesas y a todas las hadas, sin olvidar a los caballeros negros presentes o ausentes.

Hoy es un buen día para la familia Ochoa Gutiérrez. Es también un feliz día para la familia Jáuregui Sánchez, y también lo es para Puertabierta Editores. Cuando a la luz de los mezcales, Juan Carlos Reyes, Miguel Uribe y un servidor concebimos el sueño llamado Puertabierta, lo hicimos pensando en algún día publicar este tipo de obras.

Parto de lo evidente: la historia escrita por las Ochoa Gutiérrez en este libro (mediante un taller que creo deben patentar Ada Aurora Sánchez y Marco Jáuregui, porque es un ejercicio de gran calidad) es increíble.

Este libro logra reflejar no solamente el sueño que Gabriel Ochoa y Carmen Gutiérrez pudieron crear de la nada: transformar un entorno hostil —en medio de la selva, infestado de zancudos, arañas y alimañas diversas—, y convertirlo en un vergel, una floreciente

agroindustria. Más aún, crearon un lugar habitable, un espacio común, rancho, coto de caza y de pesca y, por si ello no fuera suficiente, fundaron un hogar.

Todos sabemos que cuando estamos soñando algo espectacular y algo nos despierta de esa ensoñación que nos embelesa, es casi imposible volver a soñar lo mismo y desde ahí continuar el sueño. Pues Gabriel y Carmen, Carmen y Gabriel, lo lograron: ya dije que habían construido un sueño, pues luego del ciclón del 59, lo pudieron reconstruir.

Volver a levantarse de las ruinas era el reto. El propio Gabriel, en su carta donde narra lo ocurrido con el ciclón del 59, se despide de sus hijas diciendo que la carta la envía desde el ex Centinela.

A todos los que admiran a los Steve Jobs, los Bill Gates y los Elon Musk, estoy seguro que ninguno de ellos (yo menos) hubieran logrado sobrevivir en medio de una nada infestada de mosquitos y alimañas, con un calor y una humedad dignos del séptimo círculo del infierno. Pues Gabriel y Carmen no solo sobrevi-

vieron: lograron hacerlo florecer no una, sino en dos ocasiones.

Pero no se trata tan solo de haber fundado algo así como el primer hotel boutique del Pacífico mexicano junto con un Ressort de Gran Turismo de Aventuras, sino, sobre todo que, en medio de ese aquelarre de cosas y de acontecimientos, supieron criar a una familia. Y a una familia feliz de nueve hijas y un hijo. Porque, parafraseando a San Mateo, “¿de qué sirve ganar el mundo, si al final pierdes a tu familia?”.

Aquí permítanme un breve paréntesis: en una entrevista que le hicieron recientemente sobre su nueva novela *La figura del mundo* (sobre la vida de su padre, el filósofo Luis Villoro), Juan Villoro afirma que “Los padres son un tanto imaginarios para los hijos, cada uno los construye a su manera. Si tú tienes seis hermanos, esa familia tiene otros tantos padres, porque cada hermano tiene un papá a su medida, y lo que hice fue una construcción de sentido hacia esa figura”. Hasta aquí lo dicho por Villoro.

Bueno, reconstruir la figura de los padres no con una, ni con dos, ni con seis, sino con 10 versiones, abre las posibilidades combinatorias al infinito y más allá. (Más difícil que acertar el Melate.) Y lo que lograron Ada y Marco, y las autoras del libro es, para fines prácticos, literal y literariamente incommensurable.

Un último apunte... Cuando León Tolstoi acuñó su frase tan conocida “Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada”, estoy seguro que nunca imaginó que podía existir la familia Ochoa Gutiérrez.

Lo cierto es que las familias felices están profundamente desacreditadas a causa de los escritores y de los siquiatras.

Quizás la culpa provenga también de la edulcorada versión de las historias infantiles de “Y vivieron felices para siempre”, porque sabemos que ese éxtasis de

felicidad permanente no solamente no existe, sino que además sería de un rosa asqueroso y mataría de aburrimiento a cualquiera.

Ursula K. Le Guin (una extraordinaria escritora norteamericana que conocí gracias a Paty, mi hija) a propósito del principio de Anna Karenina “Todas las familias felices se parecen”, etcétera, etc., señala:

Crecí en una familia que, en líneas generales, parece haber sido más feliz que la mayoría; aun así, me parece falso —una devaluación intolerable de la realidad— llamarla simplemente feliz. El esfuerzo y la complejidad enormes que implica esa «felicidad», es inmenso. Requiere de sacrificios, secretos, elecciones o renunciaciones, oportunidades que se aprovechaban o que se dejaban pasar, momentos de sopesar males mayores o menores (lágrimas, miedos, migrañas, injusticias, censuras, peleas, mentiras, enfados).

Hasta aquí la cita de la escritora.

Esa felicidad pues, no es gratuita ni por obra de Dios. Es producto de un esfuerzo cotidiano, aunque tampoco es resultado únicamente de la voluntad y, por lo tanto, pocas veces se logra. Pues bien, esas renunciaciones, esas lágrimas, las elecciones que se tienen que hacer, esas oportunidades que se aprovechaban o se dejaban pasar, esas migrañas, esas peleas, esas censuras, se dan en cualquier familia... pero en el caso de la familia Ochoa Gutiérrez se dieron en medio de la selva, rodeados de caimanes, boas, zancudos, alacranes y mil alimañas más. Eso, como dijera José Guadalupe López León, eso sí es mérito y no chingaderas.

*Texto leído en la presentación del libro *El Centinela a la vista. Evocaciones de la familia Ochoa Gutiérrez*, el 19 de mayo de 2023, en el Archivo Histórico y Hemeroteca de la Universidad de Colima.

El Centinela: tierra brava y pródiga*

María del Carmen Ochoa Gutiérrez

EL rancho El Centinela estaba situado en un rinconcito del estado de Colima, en los límites con Jalisco, entre la ribera del río Marabasco y el océano Pacífico. Lejos de toda civilización, con pocos vecinos, sin ningún servicio: una selva inhóspita, millones de zancudos, alacranes y víboras. Las únicas vías de comunicación eran con Manzanillo o Cihuatlán, a través de una rústica brecha intransitable en temporada de lluvias.

Cuenta la leyenda que el nombre de El Centinela proviene de un montículo de alrededor de 300 metros, situado en la ribera del río Marabasco, en el que siempre había un vigía. Este “centinela” alertaba a los lugareños de la llegada de los piratas, quienes se detenían a proveerse de agua y animales de caza para sus alimentos, haciendo destrozos, violando y quemando las pobres rancherías de su ribera. Entraban por Barra de Navidad, a lo largo de un brazo del río Marabasco que en aquellos tiempos era navegable.

En los años treinta, mientras administraba una hacienda en Cuyutlán, mi padre, Gabriel M. Ochoa, recibió un ofrecimiento del señor Margarito Ramírez. Él era jalisciense de nacimiento, ferrocarrilero de profesión, cuya gran hazaña había sido ayudar a escapar al general Álvaro Obregón del sitio de Celaya, al proporcionarle un uniforme de garrotero e idear amarrarle una linterna al muñón para que pasara desapercibido entre los vagones de un tren que le facilitaría la huida. En reconocimiento a su gran ayuda, el general Obregón lo gratificó con unas tierras en el estado de Colima (las de El Centinela), así como con ayuda para que llegara a ser gobernador de Jalisco y uno de sus grandes colaboradores.

Todavía en aquel tiempo el campo mexicano era muy inseguro. El señor Ramírez había perdido dos administradores a causa de la violencia que se generaba en esas tierras. Por recomendaciones, recurrió a mi padre para ofrecerle el puesto. A cambio, mi papá le propuso ser socio y no empleado: “Don Margarito, de lo que yo siembre de palma en diez años, ni le pido ni le doy dinero, al final la mitad es mía y la otra mitad de usted”. Viendo la gran

valentía, el hambre de triunfo y la decisión, don Margarito aceptó el trato, respetándose uno a otro y llegando a ser grandes amigos.

Así arribó mi papá a El Centinela: se llevó de San Gabriel, el rancho de los abuelos, a sus leales y grandes compañeros de trabajo: Camilo y Merenciana, incluidos sus hijos Simón y Ofelia; un hacha, un machete y un costallito cargado de ilusiones, dispuesto a dejar su vida para lograr sus metas.

Durante tres años, se dedicó a poner planteros de palma y limón; con su hacha y machete, a abrir tierras donde serían los palmares y limoneras. Comenzaba su jornada a las cuatro de la mañana y la terminaba hasta que se metía el sol. De esta forma inició lo que se convertiría en un ejemplo de agricultura tropical.

A los ocho años de establecido el convenio inicial, don Margarito Ramírez se vio en la necesidad de vender su propiedad, y recibió de su socio una atractiva oferta que no pudo rechazar: así pasó a ser entonces mi papá el dueño del rancho.

El Centinela tuvo dos etapas: la primera, de mucho esfuerzo, trabajo y penurias económicas, aunque empezando a ver esperanza en sus objetivos. Ahora solo le faltaba una compañera, así que mi padre decidió conquistar a Carmelita Gutiérrez Carrillo, de Tecomán, hija de don Pedro Gutiérrez, hombre pudiente y respetado en toda la región.

Mi madre era guapa, alegre, joven y cantadora; le llevaba mi papá trece años, la conquistó con románticas cartas de amor, y se casaron seis meses después. Hasta ahora no comprendo cómo mi madre aceptó irse a aquel destierro, soledad, en donde no tenía ninguna comodidad. Sin embargo, siempre se les vio felices y enamorados, nunca faltó ese amor y calidez en el hogar.

En aquella etapa nacimos los primeros cinco hermanos: Ana Celia, yo, Esther (Tachy), Carlos Gabriel (El Gordo) y Rosa María. A mí desde un principio me gustó salir al campo con mi papá: lo acompañaba a trabajar, a sus pasatiempos que eran la cacería y la pesca. Me encantaba el olor a campo, a tierra recién llovida; los queleles,

zanates y churíos nos seguían para degustar las lombrices y los animalitos que aparecían detrás del tractor. Cuando teníamos sed, nos acercábamos a una palma y mi papá partía unos cocos que, en aquel calor, nos sabían a gloria. De mi padre disfrutábamos, sobre todo, sus pláticas y sus historias a la hora del descanso.

La pesca, una de sus grandes pasiones, para mí también era lo máximo. Mi papá nos despertaba a las cinco treinta de la mañana para irnos a Las Venas. Yo iba a horcadas en la quilla de la lancha. Nos tocaba ver el amanecer, las flores de loto, los lirios con sus flores moradas meciéndose con el pasar de la canoa; las garzas, las gallaretas, los patos canadienses de todos los colores... Se apreciaba una gran cantidad de flora y fauna. Era todo un espectáculo ver los caimanes en sus asoleaderos, los cuales, con el ruido del motor de la lancha, se metían de inmediato al agua. Observar el sol saliendo por el oriente y a la luna metiéndose por el poniente provocaba una sensación de paz, de majestuosidad, imposible de olvidar.

A mí me gustaba montar a caballo y salir con los vaqueros, con el compa Rafa y don Zenón, a revisar el ganado. Me invitaban a almorzar sus taquitos dorados a las brasas. Con sus pláticas sencillas y buenas me enseñaron a disfrutar lo auténtico.

Por otro lado, mi mamá nos rotaba cada ocho días para hacer los quehaceres de la casa, la cocina y las recámaras; para lavar y planchar. Las hermanas mayores nos hacíamos cargo de los hermanitos más chicos; después nos volvimos sus madrinas de bautizo. Nos tocó disfrutarlos, educarlos y acompañarlos en sus enfermedades. Yo preferí siempre el rol de mi papá. Me gustaban las actividades al aire libre, no se me daban mucho los quehaceres del hogar. Vivimos una vida sencilla, pero plena en todos los sentidos.

*Texto tomado del libro *El Centinela a la vista. Evocaciones de la familia Ochoa Gutiérrez*, autores varios, coordinación y prólogo de Ada Aurora Sánchez y Marco Jáuregui (Puertabierta Editores, 2023).

Nuestra casa en El Centinela*

Patricia Ochoa Gutiérrez

EN la carretera Manzanillo-Cihuatlán, en el poblado “El Chavarín”, había un letrero a la izquierda que decía “El Centinela 5 km”. El acceso fue cambiando con el tiempo, primero una vereda y al paso de los años terminó siendo un camino de terracería.

Entraban amigos, novios, pretendientes, vendedores, compradores, parientes, políticos, taxis que portaban un mensaje importante y ocasionalmente autobuses con turismo extranjero.

Cuando salían era para llevar el entrego de leche, a componer algún fierro, a las juntas del banco, a comprar víveres, a consultas médicas o de otro tipo, a la birria con el abuelo Pedro, a las cañas, a fiestas y a muchas actividades más, recreativas o por necesidad.

Doña Celestina organizaba, en el camino que conectaba la ranchería de abajo con la nuestra, una peregrinación que unía a las dos comunidades, paseando a la Virgen, rezando plegarias y cantando himnos guadalupanos. Doña Celestina, quien dirigía los rezos, sin interrumpirlos daba órdenes a su hija... “Chuy, ¿ya diste de comer a la puerca?”, sin distraer la devoción de los participantes.

Un esperado visitante que llegaba por ese camino en su bicicleta era Güicho, el panadero, quien en una caja de madera rectangular traía conchas, cuernos, campechanas y picones con bolitas de colores, todo con un poco de polvo que tratábamos de ignorar.

En el límite de la entrada, había una puerta de golpe que, al paso del tiempo, se reemplazaría por una de metal con el letrero “El Centinela”. Esta puerta daba acceso al patio de trabajo donde se descargaban los cocos recolectados en las huertas, se

partían, secaban, jimaban y destopaban, para por la noche quemar la estopa sobrante; era un espectáculo ver las llamas naranjas en la oscuridad.

La casa donde nació, el 8 de noviembre de 1955, estaba ligada íntimamente al paisaje que le pertenecía, así fue diseñada, y su orientación, planeada con una finalidad específica. El valor de la casa era la mancuerna que hacía con el entorno, un atractivo adicional eran las numerosas palmeras moviéndose con el aire y unos zanates ruidosos en ellas. Más que la arquitectura es la complejidad de las emociones que despertaba el transitar por sus espacios, la escalera, los corredores, las habitaciones y la terraza, que era un lugar agradable, versátil, íntimo, donde pasaban las horas sin sentir.

La secuencia de nuestras palabras no es un acto mecánico, las voy eligiendo. Empiezan los recuerdos de los hechos a mezclarse, a confundirse, también las emociones que por tanto tiempo han estado guardadas. Hoy me doy la oportunidad de recordar.

Las personas platicamos una y otra vez el mismo recuerdo, generando las mismas reacciones. Me gustaría en estos escritos voltear a otro lugar, tomarme la molestia de enriquecer con otros recuerdos y experiencias vividas.

Una de esas experiencias fue, sin duda, la de haberme casado en uno de sus corredores el 6 de febrero de 1982, donde Jesús y yo dimos un sí, y lo celebramos en compañía de nuestros pequeños hijos, padres, hermanos, familiares y amigos.

*Texto tomado del libro *El Centinela a la vista. Evocaciones de la familia Ochoa Gutiérrez*, autores varios, coordinación y prólogo de Ada Aurora Sánchez y Marco Jáuregui (Puertabierta Editores, 2023).

